

PAUL PRESTON

«España es todavía un país con mucha crispación política y fuertes pasiones»

JAIME FERNÁNDEZ

El pasado 4 de julio, el historiador británico Paul Preston fue el encargado de inaugurar la Escuela Complutense de Verano. En su conferencia habló de la peculiar relación que mantuvo el dictador Francisco Franco con los borbones, la dinastía que había dejado de reinar en España con la llegada de la segunda república en 1931, y que volvió a ocupar el trono de nuestro país con la muerte del general.

- La vuelta de esa dinastía fue una decisión personal de Franco, ¿podría haber optado por otra diferente?

- Mi interpretación, después de haberle dado muchas vueltas y haber leído todo lo posible sobre el tema, es que aunque muchas veces Franco jugaba con la posibilidad de cambiar la dinastía, en el fondo nunca pensó en otra cosa que en los borbones. Franco actuó con un cierto desprecio hacia las instituciones monárquicas, porque todo lo que hizo fue devaluar su legitimidad y su continuidad, los dos pilares fundamentales para los monárquicos. Al no restaurar la monarquía inmediatamente, y al ir dando largas e incluso arrogándose a sí mismo el poder de nombrar sucesor se puso por encima de cualquier dinastía. Aparte de eso, la manera en que trataba a don Juan cara a cara, y por las cosas que sabemos que decía de él a Carrero Blanco o a su primo, mostraban un desprecio total. De todos modos, si entramos en una interpretación psicológica, a Franco le encantaba saber que estaba por encima de la monarquía. Hay un documento de Carrero Blanco en el que le dice: «Su Excelencia, que es más que rey, es creador de reyes», y que parece un documento del siglo XIV. Eso a Franco le hacía muchísima ilusión, y además a la hora de crear un rey, hacerlo con uno que fuera de una dinastía menor no tenía la misma gracia que hacerlo con los borbones. Ser mejor que los carlistas era una cosa, pero ser mejor que los borbones era el *non plus ultra* de su actitud.

- De todos modos, antes de la república Franco era uno de los militares favoritos de Alfonso XIII. ¿No puede ser

que la elección de los borbones también tuviera algo de gratitud hacia ese rey en concreto?

- Es cierto que Alfonso XIII fue su padrino de bodas y que además le nombró gentilhombre de cámara. En eso Franco tiene una reacción ambigua, porque era muy obsequioso ante el rey, pero, como en muchos otros casos, Franco nunca perdonó a nadie que hubiera estado por encima de él. Cuando estalla la guerra civil, tenemos muchas evidencias de que trató mal a Alfonso XIII, e incluso el rey dijo en su lecho de muerte que Franco no había hecho más que traicionarle. De todos modos, con Franco nunca se sabe bien, así que es posible que en el enorme número de motivaciones que tenía, pudiera pensar con sinceridad que le debía algo a Alfonso XIII.

- Lo que sí es evidente es que al que no quería en el trono era al hijo del rey, don Juan. En su libro sobre Franco, usted asegura que esa decisión la tomó en 1945 cuando don Juan firma el manifiesto de Lausanne en el que opina que el régimen de Franco es un sistema autoritario, pero ¿no es cierto que ya en plena guerra civil decide apartar a don Juan para que no participe en el conflicto y no le pueda robar protagonismo?

- Es cierto que nunca le cayó bien don Juan, pero a partir del manifiesto de Lausanne, ni hablar, eso está clarísimo y se ve en el desprecio que muestra hacia don Juan. Franco

«El rey Juan Carlos ha contribuido a algo muy importante, que es proporcionar a España una jefatura del Estado neutral, por encima de los partidos políticos»

considera que su derecho a gobernar es mayor que el del hijo de Alfonso XIII, porque el suyo es el derecho de conquista. Cuando se dice que Franco se consideraba un rey caudillo medieval no es sólo propaganda del régimen, sino que él realmente se lo creía.

- ¿Aparte de ese derecho de conquista también pensaba que le amparaba el derecho divino?

- Bueno, eso no sé si partía de él.

Cualquier dictador está rodeado de aduladores y no se sabe bien qué parte de uno mismo y qué es sólo una campaña de los que dan coba.

- ¿Con la corte de aduladores también tenía la misma ambigüedad que con el resto de sus colaboradores?

- No le disgustaba la adulación, pero es cierto que también despreciaba al que le adulaba. Uno de sus mayores aduladores era Ernesto Giménez Caballero, y por cierto Francisco Umbral escribió una de sus mejores novelas, *La leyenda del César visionario*, burlándose de Giménez Caballero. Una de las veces que vino a Madrid a despachar con Franco, el dictador le mira y le dice: «Caballero, ¿a usted nunca le han hecho ministro, verdad?». El otro se ve a punto de cumplir su gran sueño y el premio de tantos años de adulación y le dice: «No, Excelencia, efectivamente no». Franco le sigue mirando, hace una larga pausa y le dice: «¿Y por qué será, por qué será?». Fue una demostración de la fina crueldad que tenía el dictador.

- En un momento pareció decantarse por Alfonso de Borbón Dampierre, el nieto de Alfonso XIII. ¿Era una apuesta sincera?

- Si le hubiera salido muy rana Juan Carlos, era un recambio, pero le servía mucho más en el sentido de la manipulación. Tengo la idea de que cuando Franco decía aquello de «Todo está atado y bien atado», lo que quería decir es que Juan Carlos estaba atado y bien atado. Una manera de tenerle atado era la existencia de esa

J. DE MIGUEL



siempre que no metiese la pata, que no fuera desobediente y no saliese muy rojo. Le caía muy bien Juan Carlos y estaba seguro de que por la formación que le estaba dando, y por las leyes y las instituciones, no había ningún riesgo en elegirle como sucesor.

- En los últimos años, antes de la muerte del dictador, Juan Carlos ya demostró un talento bastante más liberal. ¿No desconfió Franco de él ni siquiera entonces?

- Juan Carlos era muy discreto. A pesar de eso a Franco le llegaban de vez en cuando informes de que el sucesor había tenido conversaciones con gente liberal y progresista, pero pienso que Franco se lo tomaba como señal de que Juan Carlos era muy inteligente y también sabía jugar con los demás. Los muy franquistas quieren pensar que Franco lo sabía todo, que era casi

clarividente. Otros, sin llegar a esos extremos, piensan que tenía que saber que iba a cambiar. De todos modos, si vemos los años cruciales para este cambio, que son desde 1969 en adelante, descubrimos que Franco estaba muy aislado. En muchos momentos se queja, a sus allegados, de que no conoce a nadie, de que no se entera de muchas cosas que están ocurriendo.

- De todos modos, ¿alguien podía esperar el giro radical que dio Juan Carlos?

- Bueno, hay que tener en cuenta que desde los años 50, Franco se aísla cada vez más de la sociedad. En cambio, Juan Carlos, como parte de su entrenamiento, iba a todas partes, incluyendo una temporada en la universidad y en las academias militares. Juan Carlos sintonizaba con lo que pasaba en el país, que era un deseo sociológico de apertura. No me refiero a la izquierda, que quería acabar

con la dictadura, sino que desde los años sesenta hay un deseo de modernización y apertura del que participa totalmente Juan Carlos. Y eso es lo más importante en el cambio de mentalidad del sucesor, que también tiene contactos con la familia real británica, que no son nada rojos, pero entienden que para la supervivencia de las dinastías hay que abrir la mano.

- En España hay más gente juancarlista que monárquica, ¿su apertura será suficiente para la supervivencia de la dinastía de los borbones?

- Hombre, yo no soy futurólogo, pero está claro que es un problema. Fundar una nueva monarquía en el año 1975 es muy complejo y Juan Carlos lo hizo muy bien y cumplió un papel muy importante en la democratización del país, aunque yo tengo claro que la transición fue cosa de todos. Hizo un servicio, pero hay que ver si la monarquía tiene sentido

después de él. Juan Carlos ha contribuido a algo muy importante, que es proporcionar una jefatura del Estado neutral, por encima de los partidos, y eso es fundamental. Creo que España es todavía un país con mucha crispación política y fuertes pasiones, así que hace falta una jefatura del Estado fuerte y decisiva. Si hubiera una tercera república, el presidente sería de alguno de los partidos y creo que es mucho mejor para la salud democrática que no sea un político. Una manera de conseguir eso es con una monarquía moderna.

- ¿El príncipe Felipe cumple el requisito de neutralidad?

- Es una persona muy competente y creo que mantendrá el papel de su padre. Habrá que ver qué talento tiene el próximo heredero, y ese es siempre el problema de las monarquías, porque la sucesión se hace por el orden de nacimiento y no por la valía.